

Por el autor de *El quinto día*

Frank

Schätzing

EL LADO OSCURO



Annotation

Colonia, 1999. Un comerciante es salvajemente asesinado en su apartamento. A primera vista, parece la obra de un perturbado. Vera Gemini, detective privada, se verá envuelta en el caso involuntariamente y pronto descubrirá el rompecabezas que se esconde tras este asesinato. La pista de la que dispone la llevará hasta un hecho que tuvo lugar en el desierto de Kuwait durante los últimos días de la guerra del Golfo. Allí, tres miembros de un comando secreto encontraron una gran cantidad de diamantes entre los restos de un convoy bombardeado. A pesar de que su valor en el mercado alcanzará los treinta millones de dólares, el hallazgo no les hará ricos sino que se convertirá en su peor pesadilla...

FRANK SCHÄTZING

El lado oscuro

Traducción de José Aníbal Cmpos

Editorial Planeta, S. A.,

Sinopsis

Colonia, 1999. Un comerciante es salvajemente asesinado en su apartamento. A primera vista, parece la obra de un perturbado. Vera Gemini, detective privada, se verá envuelta en el caso involuntariamente y pronto descubrirá el rompecabezas que se esconde tras este asesinato. La pista de la que dispone la llevará hasta un hecho que tuvo lugar en el desierto de Kuwait durante los últimos días de la guerra del Golfo. Allí, tres miembros de un comando secreto encontraron una gran cantidad de diamantes entre los restos de un convoy bombardeado. A pesar de que su valor en el mercado alcanzará los treinta millones de dólares, el hallazgo no les hará ricos sino que se convertirá en su peor pesadilla...

Título Original: *Die dunkle Seite*

Traductor: Aníbal Cmos, José

Autor: Schätzing, Frank

©2009, Editorial Planeta, S. A.,

ISBN: 9788408084402

Generado con: QualityEbook v0.87

Frank Schätzing

El lado oscuro

ÉSTA es una obra de ficción. Los lugares y personas que se mencionan en esta nove a son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) es pura coincidencia.

Título original. Die dunkle Seite

© Editorial Planeta, S. A., 2009

Primera edición: febrero de 2009

ISBN 978-84-08-08440-2

Para Britta

¡Por ti, por ti, y otra vez por ti!

Y a esa criatura de las tinieblas, la reconozco como mía.

Próspero, en *La tempestad*
WILLIAM SHAKESPEARE

KUWAIT. 1991

MARTES. 26 DE FEBRERO

15.02 HORAS. EL JEEP

El francotirador sabía muy bien que la arena tenía un color. Sin embargo, se sentía como en una película en blanco y negro, y el negro era precisamente el color que predominaba.

Estaba sentado en la parte trasera del jeep, con las piernas recogidas y la ametralladora sobre las rodillas, y tenía la vista clavada en aquellos dedos cubiertos de hollín que se veían en el horizonte. Desde que los iraquíes habían empezado a incendiar los pozos de petróleo, la situación se había vuelto crítica hasta para los propios mercenarios. La idea de que Saddam pudiera robarle la luz al mundo era muy deprimente. En el fondo, al tirador le daba igual quién saliera vencedor en esa guerra, siempre y cuando le pagaran bien. Los aliados pagaban buenos cheques, de modo que él, en lugar de una guerra santa, participaba en una guerra justa. Si el dictador hubiese duplicado la oferta, él hubiese estado dispuesto a repensarse su papel. No había ninguna diferencia en disparar sobre su propia gente desde aquel parapeto de la pared de arena situada frente a él. Daba igual Saddam que Bush, la arena seguía siendo la arena, y el enemigo era, hasta cierto punto, un aliado, ya que sin él no se ganaba nada.

Ahora, sin embargo, a la vista de aquel fantasma negro y aceitoso, el mercenario empezaba a odiar al dictador iraquí. Pensó en la casa que quería comprarse en las alturas situadas por encima de Niza; pensó en la terraza en la que ya se había visto sentado muchas veces, mientras el sol le borraba de los poros, con su bronceado, los últimos vestigios de su pasado mercenario, y entonces se sintió engañado.

Saddam estaba trayendo el invierno.

Ya no habría más cielo azul intenso sobre la costa francesa.

Ninguna bola de fuego que, al final de la tarde, se hundiera en el mar. Ningún pescado fresco para la cena, con olor a hierbas. Solamente hollín y melancolía, un invierno nuclear, el final de los tiempos.

Algunas cosas no tenían perdón.

El jeep avanzaba con gran estrépito en dirección al este.

Con cada sacudida, las gafas de sol se le deslizaban unos milímetros por la nariz, lustrosa a causa del sudor. Su mano izquierda se alzaba y las colocaba de nuevo en su posición correcta, un mecánico acto de Sísifo que se repetía con una frecuencia de sesenta segundos, mientras la mirada escudriñaba el terreno por inercia. Era como si el cerebro también le sudara. De vez en cuando, cada vez que pasaban sobre una roca, el lateral de acero le golpeaba en la región lumbar, y él se deslizaba inquieto de un lado al otro, de una postura incómoda a otra, y agarraba firmemente la ametralladora con la diestra, mientras su mano izquierda se disponía de nuevo a colocar en su sitio las gafas de sol. En fin, aquel hombre miraba fijamente el monótono paisaje y sentía cómo su mente y sus miembros se volvían más pesados.

El conductor del vehículo se dio la vuelta y le sonrió.

—Pronto habremos llegado —dijo casi con un tono de disculpa—. Hace ya bastante rato que consumimos la mitad del tiempo.

El francotirador asintió. Llevaban más de tres horas de camino. Todavía tendrían que viajar una o dos horas aproximadamente para llegar al campamento de la retaguardia, muy cercano a la frontera iraquí, una de las tantas bases militares de las fuerzas armadas de los aliados.

Dos días antes, más de trescientos helicópteros habían aterrizado detrás de las líneas enemigas. Los campamentos

de la retaguardia estaban situados hasta cincuenta kilómetros en el interior de Iraq. En una acción clandestina, el general Norman Schwarzkopf, comandante en jefe de las fuerzas armadas de la coalición, había trasladado al Séptimo Cuerpo desde el golfo Pérsico hacia el oeste. La temida Guardia Republicana de Saddam había caído en una trampa sin salida.

Nadie sabía, sin embargo, de lo que era capaz esa Guardia Republicana. Esas tropas suscitaban los temores de las fuerzas aliadas. Quien estaba en una trampa, no tenía nada que perder, y sobre esas fuerzas de élite de Saddam se contaban las cosas más terribles. Cuanto más larga se hacía la espera para que comenzaran las operaciones de tierra, tanto más monstruosas eran las dimensiones que cobraban las noticias.

En el transcurso de la tarde, las noticias comenzaron a precipitarse. Por lo visto, el Séptimo Cuerpo había conseguido abrirse paso sin problemas hasta la ciudad portuaria de Basrah y Kuwait City. Árabes, estadounidenses y egipcios partieron desde el sur. Desde todos los frentes, las unidades de las fuerzas aliadas comenzaron a rodear los últimos bastiones iraquíes. Entonces llegaron nuevas noticias por la radio. Por lo visto, la Guardia Republicana se había atrevido a iniciar el ataque. Las informaciones se contradecían las unas a las otras. En una ocasión, se dijo que los soldados de la Guardia Republicana habían emprendido la retirada. Luego, que algunas unidades aéreas de los aliados casi habían destruido el convoy de los iraquíes, y que la principal ruta de salida era un atasco de varios kilómetros de largo, repleto de vehículos explotados y en llamas. La estrategia de cerco de Schwarzkopf parecía funcionar. Un segundo Aníbal se disponía a repetir la hazaña de Cannas. Schwarzkopf había prometido muchos iraquíes muertos. Muchísimos. La sangre suficiente como para lavar toda la deshonra de Vietnam.

El francotirador escudriñó el cielo.

En el lugar al que querían llegar ya no se libraban combates desde hacía bastante tiempo, y las armas sólo se levantaban para recibir a las multitudes de soldados enemigos que huían de su propio comandante en jefe con banderas blancas y las manos levantadas. La guerra se aproximaba a un final absurdo. Un ejército iraquí derrotado, desmoralizado por varios meses de bombardeos, casi consumido de hambre y sed en sus búnkeres subterráneos del desierto, más próximo a la locura que a los dictados de su profeta, besaba las manos a los soldados estadounidenses. Frente a ese ejército, se había creado una rara concordia entre Oriente y Occidente, que apareció allí armado hasta los dientes, mostrando una superioridad infinita. Sin embargo, habían sido incapaces de impedir aquellos fuegos infernales de Saddam, los cuales provocaban ahora un conflicto mucho mayor: la lucha por la supervivencia ecológica.

Al lado del conductor, el técnico se consolaba a sí mismo en voz alta. De vez en cuando, los rasgos de su cara se estremecían. Tenía la boca semiabierta. El francotirador sabía que el técnico había llegado a su fin con esa guerra. Aquel hombre no había nacido para mercenario. Era un aventurero mental. Su primera participación en una guerra real había dejado feos rasguños en el terso entramado de mitos y leyendas en busca de los cuales había ido hasta allí. En algún momento le tocaría. Los fuegos sin llamas de la política territorial africana, el inminente fin de Yugoslavia, el terror fundamentalista de Argelia, el fantasma del futuro... Sobrevivir significa regresar a casa. De una manera o de otra, sus días en el desierto estaban contados.

El jeep subía a duras penas por una cuesta. La cabeza del técnico cayó hacia un lado. El hombre abrió los ojos y se enjugó el sudor de la frente con una mano. Entonces adoptó una postura erguida en el asiento y estiró la mano para coger el paquete de dátiles secos. A continuación, empezó a sacar, uno tras otro, aquellos frutos duros y arru-

gados. Se los metía entre los dientes y los masticaba con deleite.

El conductor lo miró, al tiempo que hacía un gesto negativo con la cabeza.

—¿Cómo puedes comerte esa porquería?

—No es ninguna porquería —dijo el técnico, masticando. Entonces agarró el paquete y se lo extendió al conductor, que hizo una enérgica mueca.

—Dame uno —gritó el francotirador.

El paquete pasó a la parte trasera del jeep. Durante un rato los hombres estuvieron comiendo dátiles sin decir una sola palabra. Hablaban muy poco entre ellos. El desierto no estimulaba la conversación.

Por último, los dátiles se terminaron.

—Sois repugnantes —bramó el conductor—. Coméis cualquier porquería, cualquier mierda.

—Son nutritivos —respondió el técnico con gesto indiferente.

—¡Bah! Yo sueño todas las noches con cordero y judías verdes, y tú me pones delante de las narices esa mierda de camello seca. ¿Nos queda todavía algo de chocolate?

—Se derritió.

—¡Mentira! Te lo zampaste todo.

—¡Estaba derretido, por el amor de Dios! ¿Se te ocurre algo que no se derrita con este calor? Me resulta raro que montes toda esta payasada. ¡Precisamente tú! ¿Por qué, sencillamente, no pruebas lo que la gente come en el extranjero?

—Aprovecha que pronto tendrás que marcharte —añadió el francotirador con tono sarcástico.

—¿Te refieres a Kuwait, no?

—Pues sí, ¿por qué no? —El técnico se relamió los labios—. La cocina es fantástica. Gallina asada con nueces y pasas. ¡He comido hasta palomas rellenas! ¡Impresionante! ¡Tenía mijo, como las galletas de Navidad, parece imposible! Bizcochos de coco y miel. Y después, un café en unas

tacitas pequeñas, del que sólo puedes tomarte la mitad, por el poso que tiene en el fondo, pero lo dejaría todo por él.

—Yo no.

—Porque tú eres demasiado estúpido para probarlo.

—Una persona me contó que asaban cucarachas a la parrilla, tan grandes como monederos. Y escorpiones.

—No hacen nada de eso.

—El que me lo dijo estaba presente.

—Presente, presente, siempre hay alguien que estuvo presente en alguna parte. —El técnico hizo un gesto de rechazo con la mano—. ¡Y aunque así fuera! ¿Dónde está la diferencia, por ejemplo, con un bogavante?

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre?

—Los dos tienen un exoesqueleto, ocho patas y una cola segmentada que tiene un sabor delicioso.

—¿Tú te zamparías un escorpión?

—Yo no me zampo nada. Por ahí empieza todo, con tu manera de expresarte...

—¡Eh! —exclamó el francotirador. De repente se veía fresco como una lechuga—. ¡Mirad!

Su brazo izquierdo señalaba un objeto alargado y oscuro que había aparecido a una distancia bastante grande detrás de una elevación. Aquello brillaba y refulgía bajo la luz del sol.

—¿Qué es eso? —preguntó el técnico con el ceño fruncido.

El chófer pisó el freno, detuvo el jeep y se dio la vuelta hacia donde estaba el hombre sentado en la parte trasera.

—Tú tienes el mapa. ¿Se supone que haya algo ahí?

El francotirador colocó la ametralladora delante de él y sacó del bolsillo un mapa, que desplegó sobre el asiento con sumo cuidado, evitando doblarlo por la parte equivocada. Los otros dos hombres se inclinaron hacia atrás, donde estaba el tirador, cuyo dedo índice se deslizaba por el papel, siguiendo la ruta que llevaban.

—No.

—¿Puede que sea un campamento? —supuso el técnico.

—No, absolutamente nada.

—¿Tal vez americanos? —dijo el conductor—. Ésos son como las bacterias, están por todas partes.

El francotirador negó con la cabeza.

—Este mapa es de los estadounidenses, y está actualizado. Han marcado todas las bases de apoyo en tierra. Si hubiesen puesto algo allí, lo habrían marcado en el mapa.

Entonces el hombre agarró sus prismáticos reglamentarios, se los colocó a la altura de los ojos y los ajustó.

—Los iraquíes se han enterrado en los sitios más inimaginables —dijo a entender el técnico—. Deberíamos continuar.

—Ésos no son iraquíes. Los búnkeres iraquíes sólo se ven cuando estás dentro de ellos.

—¡Pero tal vez no lo hayan enterrado a propósito!

—¿Una trampa?

—Sí.

—No lo creo. ¿Acaso has visto algo que la gente de Saddam | no haya enterrado? Eso está al alcance de nuestra vista, de modo que nosotros también lo estamos para ellos. Si fueran iraquíes, haría rato que hubiesen abierto fuego o se hubieran rendido.

—Los iraquíes no siempre disparan de inmediato —dijo el conductor, al tiempo que contemplaba cómo el francotirador escudriñaba el terreno con la ayuda de los prismáticos—. Pero tienes razón, estamos más allá de las rutas iraquíes. Esto es una región petrolera. Todavía falta un buen tramo para llegar a los siguientes pozos. Los iraquíes no tendrían ningún motivo para andar por estos parajes.

—Los iraquíes están como cabras —murmuró el técnico—. Ya han merodeado por otros lugares.

El francotirador arrugó la frente. Luego dejó caer los prismáticos y se rascó detrás de la oreja.

—¿Y bien? ¿Qué has descubierto?

—No lo sé. Hay algo ahí detrás, pero no es un búnker. Podríamos ignorarlo y continuar el viaje, o podemos ir y echar un vistazo de cerca.

—¿A qué distancia está? —preguntó el conductor.

—Aproximadamente a un kilómetro. —El francotirador intentó que no se le notara su inseguridad, pero los otros lo sabían. Era difícil apreciar las distancias en el desierto. En caso de duda, lo mejor era calcular un par de metros más. Mucha gente terminaba mal por confiar en sus ojos.

—Bueno —el conductor adoptó su expresión más resuelta—, si no han disparado hasta ahora, podríamos atrevernos a ir hasta allí.

—Pero ¿para qué? —preguntó el técnico con tono sombrío.

—¿Para qué? ¡Oye, estamos en guerra! ¿Te enteras? Nos pagan para que acabemos con esos iraquíes de mierda, para que les disparemos o los tomemos prisioneros a montones, dependiendo de la situación. Si hacemos prisioneros a unos cuantos, los saudíes se mostrarán agradecidos.

El técnico sacudió la cabeza.

—Señores, sólo somos tres hombres. No somos el ejército estadounidense. No me parece una buena propuesta.

—Puede ser —dijo el francotirador, que había levantado de nuevo los prismáticos—. No podría jurarlo, pero si lo que hay allí es lo que sospecho, no será un peligro para nosotros.

—¿Por qué lo dices?

—Porque parece destrozado.

—¿Y qué es, según tu opinión?

El francotirador aguzó la vista. Luego se hundió de nuevo en el asiento trasero, agarró la ametralladora, la puso sobre sus rodillas y le hizo un gesto de asentimiento al conductor.

—Iremos a ver —dijo, ignorando la pregunta que le había hecho su compañero.

—Sigo creyendo que no es una buena idea —refunfuñó el técnico.

El chófer encendió el motor.

—¡No es una buena idea! No tenemos ninguna misión en esa dirección. Si me preguntáis...

—Pero nadie te lo ha preguntado —dijo el francotirador, con un tono que, pese a todo, no sonó grosero.

—Él es el jefe —dijo el conductor, al tiempo que hacía un movimiento con la cabeza señalando hacia atrás. Luego se encogió de hombros, pisó el acelerador, y la discusión concluyó.

15.20 HORAS. EL CONVOY

Fueron acercándose al objeto muy lentamente, con la más extrema cautela. En realidad, el francotirador no tenía deseo alguno de hacerlo, pero ya lo había decidido así. Por supuesto que sabía que el técnico tenía razón. Su misión era dirigirse por la vía más rápida a la base militar. Allí necesitaban sobre todo al técnico y el vehículo.

Entre tanto, sin embargo, puesto que la madre de todas las batallas había visto huir y capitular a sus hijos, él se sentía menos comprometido con las normas. El mismísimo Saddam en persona podría pasearse por delante de las narices de un soldado estadounidense, y el yanqui en cuestión no hubiese movido un dedo sin haber recibido la correspondiente orden.

Los mercenarios eran distintos, no eran soldados, sino aventureros. Cumplían órdenes, pero también estaban en condiciones de actuar y de tomar decisiones por su cuenta.

Eran libres.

Y allí había algo en medio de la arena.

Algo que ahora, a medida que se acercaban, cobraba la forma de los contornos de un vehículo alargado con un